



Revista de Estudios Sociales

ISSN: 0123-885X

res@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

REVISTA DE ESTUDIOS SOCIALES | FUNDACIÓN SOCIAL

Rodríguez Rodríguez, Jahir

Ciudad educadora: una perspectiva política desde la complejidad

Revista de Estudios Sociales, núm. 10, octubre, 2001, pp. 47-62

Universidad de Los Andes

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81501006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Ciudad Educadora: una perspectiva política desde la complejidad

Jahir Rodríguez Rodríguez*

La ciudad es un marco y un agente educador que, ante la tendencia a la concentración del poder, practica la opinión pública y la libertad; ante la tendencia al gregarismo, expresa el pluralismo; ante la tendencia a distribuir desigualmente las posibilidades, defiende la ciudadanía; ante la tendencia al individualismo, se esfuerza por practicar la individualidad solidaria... permite formar personas sensibles tanto a sus deberes como a sus derechos¹.

Resumen

La ciudad no es sólo un fenómeno urbanístico; está constituida por las sinergias entre sus instituciones y los espacios culturales que nos brindan la posibilidad de aprender en la ciudad; entre la producción de mensajes y significados que nos permiten, al propio tiempo, aprender de la ciudad y, también, entre su pasado y su presente, muchas veces desconocido, que nos invita a aprender la ciudad.

Ciudad Educadora tiene como finalidad –de manera principal– la construcción de una ciudadanía organizada, autónoma y solidaria, capaz de convivir en la diferencia y de solucionar pacíficamente sus conflictos. En este proceso continuo y dinámico de aprendizaje, construcción y crítica, en el cual los seres humanos crean y recrean la cultura, que a su vez los produce y reproduce, la memoria colectiva tendrá que recuperar históricamente sus haceres, sus saberes y sus tipos de organización si se quiere privilegiar la solidaridad. Reflexionado y construido desde el pensamiento complejo.

Ciudad Educadora es un proyecto que reivindica lo colectivo y lo público, lo político y lo ético y busca ingresar a la modernidad haciendo uso de la educación como fenómeno eminentemente comunicativo cuyo desarrollo potenciará la capacidad de incidencia de la sociedad sobre sus propios destinos, estableciendo cambios en la conducta y los comportamientos de los ciudadanos, buscando la construcción de la democracia y la ciudadanía como proyecto colectivo.

Abstract

City is not only an urbanistic phenomenon; it is formed by the sinergies between their institutions and the cultural spaces that give us the possibility to learn in the city; between the production of messages and the meanings

that let us, at the same time to learn of the city and also, between its past and its present, know many times, that invite us to learn of the city educated city has as finality mainly the construction of an organized autonomous and solidary city capable to live together in the difference and to solve pacifically the problems.

In this continuous and dynamic process of learning construction and criticism, in which human beings invent and enjoy the culture, that produce and reproduce them the collective memory will have to recover historically functions, its knowledges and its types of organizations if the wish is to privilege the solidarity. Reflexioned and made since the complex thought.

The educated city is a project that replevy the collective and the ethics and look for to return to the education as communicative entity and the development will be possible the capacity of incidence of the society on own destinies, establishing changes in the behaviours of the citizens, looking for the construction of the democracy and the citizenship as a collective project.

Génesis de una idea

Ciudad Educadora es una propuesta inconclusa que se encuentra en proceso de trabajar y construir. Atraviesa la historia del ser humano y de las ciudades, desde la polis griega, pasando por la civitas romana hasta las ciudades de hoy. En la historia contemporánea, renace en 1972 a partir de un documento preparado por Edgar Faure y otros, escrito para la UNESCO, titulado *Aprender a Ser*².

En dicho texto, se propone sacar la educación de los espacios cerrados en donde se hallaba confinada, para trasladarla a los lugares de reunión, a las fábricas, las plazas, a los parques, a las calles y, en fin, a los espacios públicos. Es decir, que la ciudad se construye en escenarios y ambientes globales de aprendizaje en donde confluyen procesos, estrategias y vivencias educativas, así como el concepto de educación permanente a lo largo de la vida.

La ciudad no es ya, sólo el conglomerado urbanístico y de pobladores, sino una gran alma, una ciudad viva, un cuerpo que siente, que se mueve, una ciudad con corazón propio, un ambiente y un contexto global de vida y aprendizaje.

La Ciudad Educadora no es, pues, un fin predeterminado. Es una propuesta en continua construcción, una historia que se

* Politólogo, Planificador Urbano, Miembro de la Asociación Internacional de Ciudades Educadoras. Gerente Zonal, FUNDECOMERCIO, Putumayo.

¹ Isidre Molas Batllori, "La ciudad y la ciudadanía democrática. Una perspectiva política", en *La Ciudad Educadora*, Barcelona, 1990, pág. 48.

² Edgar Faure et al., *Aprender a ser*, Barcelona, UNESCO, 1973, pág. 265ss. La idea rectora de las políticas educativas señala: "Principio: todo individuo debe tener la posibilidad de aprender durante toda su vida. La idea de educación permanente es la clave de arco de la ciudad educativa". Se trata por una parte de prolongar la educación a lo largo de toda la vida del hombre, por otra parte, de renunciar a limitar la educación sólo al espacio escolar. La educación debe ampliarse hasta alcanzar las dimensiones de un verdadero movimiento popular.

va recorriendo, al tiempo que permite identificar el camino por el cual se habrá de transitar. Una utopía a la que vale la pena apostarle. Es, también, la posibilidad de materializar las ideas y propuestas de los estamentos que conforman el tejido social de la ciudad. Se trata, en síntesis, de un proyecto para construir ciudadanía y democracia. Es un propósito de construir ciudad para más y mejores ciudadanos. Este proyecto de ciudad tiene como eje articulador la construcción de un nuevo ciudadano³.

Desde Ciudad Educadora como propuesta política, el ser ciudadano -según la definición de Aristóteles-, es aquel que tiene la facultad de intervenir en las funciones deliberativas y judiciales de la ciudad. Para decirlo en palabras de Jordi Borja, ciudadano es aquel que ha participado en la conquista y construcción de la ciudad; de tal manera que ser ciudadano no es una condición que se alcanza al llegar a una determinada edad; es la práctica continua de ciertos valores que el ser humano debe encontrar en la ciudad en la que habita⁴. La ciudadanía se alcanza en la relación dialéctica entre el ser humano y la ciudad: mientras ésta lo ciudadaniza, aquel la humaniza. En esta relación, la ciudad adquiere unas características especiales que la hacen ser más o menos humana, más o menos habitable.

Una ciudad que asume el pluralismo deberá cultivar la tolerancia como uno de sus más significativos valores. Vista como elemento individual y colectivo protector de la libertad de todos, la tolerancia reviste tal importancia que muchas veces requiere ser protegida contra los intolerantes. Sin solidaridad el principio de la conciudadanía es puramente formal y vacío, también la tolerancia ilimitada es sólo la libertad de los más fuertes.

El análisis de la ciudad como fenómeno complejo, supone un amplio recorrido por la temática urbana y sus múltiples variables. Implica asumir diversas ópticas para aproximarse al concepto, evolución y percepción de aquello que la constituye. La ciudad hay que observarla siempre entre muchas luces- entre otros amores, a través de sus musas más infantiles, más jóvenes o más maduras, de las musas clásicas de la cultura o las románticas de la libertad y de la igualdad o de las hijas del proceso histórico, como la musa del progreso económico o la del bienestar social; todas lo son por su

carácter propio y porque tienen el valor de avanzar unidas, de conversar y de componer música.

Lo complejo de la ciudad

La realidad social y por supuesto de las ciudades, como sostiene Castoriadis, es una totalidad que es y no es al mismo tiempo una. Hoy resulta crucial reflexionar desde la duda, desde lo complejo, desde los interrogantes, y no como estamos acostumbrados desde la pretensión de brindar una respuesta única y categórica a los problemas que enfrentan la ciudad y sus ciudadanos. Es reconocer la dificultad, es aceptar la complejidad, la incertidumbre y la necesidad de diversificar las posibilidades y las soluciones. Es principio necesario no sólo a nivel individual sino colectivo.

Una sugerencia complementaria ha venido sosteniendo Morin⁵; la complejidad es un tejido de constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados: presenta lo uno y lo múltiple. Al mirar con más atención, la complejidad es, efectivamente, el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, que constituyen nuestro mundo fenoménico. Así es que la complejidad se muestra con los rasgos inquietantes de lo enredado, de lo inextricable, del desorden, la ambigüedad, la incertidumbre... el pensamiento complejo no es aquel que evita o suprime el desafío, sino aquel que ayuda a revelarlo e incluso, tal vez, a superarlo⁶.

Profundizando en estas reflexiones, Lukacs, el filósofo marxista señala: "Lo complejo debe ser concebido como elemento primario existente. De donde resulta que hace falta examinar lo complejo de entrada en tanto complejo y pasar luego de lo complejo a sus elementos y procesos elementales"⁷.

Desde esta reflexión teórica Irey Gómez y Luis Alarcón han defendido la tesis de que la línea de fuga, la complejidad, es un flujo, una ruptura de la racionalidad, del orden de lo estriado. Nunca se acaba nada: el modo en que un espacio liso deja de estriar, pero también el modo en que un espacio estriado vuelve a producir lo liso, con valores, efectos y signos eventualmente muy diferentes. Todo progreso se realiza por y en espacio estriado, pero es en el espacio liso donde se produce todo devenir.

³ Jahir Rodríguez, *El Palimpsesto de la ciudad. Ciudad Educadora: Un discurso para la democracia y la modernidad*, Armenia, FUDESCO, 1999.

⁴ Como lo señala Martín Heidegger "...el simple hecho de vivir no es todavía habitar: pues el hombre cuando habita, "habita" de acuerdo con la frase de Hölderlin, poéticamente sobre esta tierra".

⁵ Una explicación atenta de la reflexión de este impactante pensador se puede consultar en la introducción a una selección de sus textos básicos publicados bajo el título de "Ontología de la creación", en *Ensayo y error*, N. 1, Santafé de Bogotá, 1991.

⁶ Edgar Morin, *Introducción al pensamiento complejo*, Madrid, Geodesia, 1998, pág. 9ss.

⁷ Citado en *Ibid.*, pág. 35.

Un criterio que afianza este planteamiento en la construcción de la ciudad y su ciudadanía puede leerse en la Política Urbana, donde se debe desplegar una actitud que diga simultáneamente “sí” y “no” a la forma convencional de teorizar lo real, una actitud como la denominada por Heidegger la serenidad para con las cosas⁸, la cual conjuntamente con la apertura a lo desconocido nos permite mantener despierto el pensar reflexivo, clave para interpretar lo esencial de la ciudad que se encuentra oculta, sumergida y cubierta, que sale a la superficie y se deja ver como si flotase, llegando de este modo hacer evidente y percibida por todos⁹.

En opinión del Ministerio de Desarrollo Económico, el problema de la ciudad no puede ser abordado al margen del pensamiento complejo¹⁰, esto es, de aquel que se resiste a aceptar las fronteras trazadas por la manera tradicional de enfocar el fenómeno por la ciencia, que ve la sociedad a través de comportamientos estancos, estableciendo muros entre las disciplinas del saber. El pensamiento complejo, por el contrario, considera la sociedad como un proceso en continuo movimiento, logrando de esta forma iluminar aspectos no enfatizados por el modo de pensar fragmentario; pretende articular lo físico con lo biológico y ambos con lo antropológico social¹¹.

La ciudad es un fenómeno que se abre en muchas dimensiones y que actúa en múltiples interacciones tejidas por la realidad social e histórica. Ella debe ser pensada desde la perspectiva de la complejidad; en un tejido de constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados; presenta la paradoja de lo individual y múltiple, el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, que constituyen el mundo urbano¹².

Por tanto, la ciudad no puede ser pensada sino en el espacio propuesto por el pensamiento complejo que incluya la interacción de saberes, a través de un proyecto que pueda unificar una concepción del hombre en términos de sus determinantes culturales básicos: moral-práctico (ética),

estético-expresivo, y cognoscitivo-instrumental (ciencia y técnica)¹³.

Al decir del Ministerio de Desarrollo Económico, una propuesta teórica de complejidad restringida, por más que articule los atributos y las dimensiones no puede agotar el campo de lo urbano. La ciudad, como toda obra humana, es hija del tiempo y de la acción colectiva de muchas generaciones, que no nació de la teoría sino de la práctica. Por ello, “los estudios históricos son una herramienta indispensable en el análisis de los sistemas complejos. Se debe tratar de reconstruir la evolución de los principales procesos que determinan el funcionamiento del sistema”¹⁴. Esta es una actitud de pensamiento, en la cual se expresa el concepto de ciudad educadora, la educación en los marcos de la sociedad moderna que busca construir la democracia y la ciudadanía como un principio vital del hombre.

Una pregunta necesaria

¿Por qué no? La Ciudad Educadora también puede ser analizada de acuerdo con las características de los “sistemas complejos adaptativos”. El pensamiento complejo es hoy el predominante. Nos interesa, no por lo que tiene de moda, sino por su gesto abiertamente integrador.

El caso de la ciudad es, para él, uno más. Permite plantear el significado y la evolución de la ciudad sin caer en el atropello de los simplismos. Todos los seres presentan algún grado de síntesis y complejidad. Por eso existen. Ni siquiera las partículas elementales son tan elementales como se dice. La complejidad es una condición indispensable para cualquier existencia. Más aún si se trata de “sistemas complejos adaptativos”: la vida, los ecosistemas, el sistema inmunitario de los mamíferos, el hombre, las organizaciones sociales. Todos son producto de las sucesivas reorganizaciones de su propia complejidad. Fuera de la complejidad no se sobrevive¹⁵. El pensamiento complejo no hace análisis de superficie, sino en profundidad y en red. Entierra el difunto concepto de causa y se propone estudiar interacciones e interdependencias. Para él, la totalidad es el resultado de las reciprocidades.

No cree en productos mecánicamente predecibles. Todo lo que vaya a surgir será emergencia, novedad. Será el resultado de una acción computacional que, en función de los modos de asociación / separación, seleccione y sintetice los datos disponibles. Ningún factor, por sí solo, nos garantiza qué

⁸ Martín Heidegger, *Serenidad*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1989.

⁹ Giuseppe Zarone, *Metafísica de la Ciudad*, España, Pre-textos, Universidad de Murcia, 1993, pág. 9.

¹⁰ Para ahondar en este pensamiento es recomendable consultar las obras de autores como Ilya, Castoriades, Cornelius, Habermans, entre otros.

¹¹ Ministerio de desarrollo económico, *Ciudades y Ciudadanía. La Política Urbana del Salto Social*, Santafé de Bogotá, Presencia, 1995, pág. 33.

¹² Fabio Giraldo Isaza, “Paradigmas teóricos y modelos de desarrollo: La complejidad y la Política Urbana”, en *Paradigmas teóricos y modelos de desarrollo en América Latina*, Apuntes del Genes, Separata N. 2, Santafé de Bogotá, 1995, págs. 297ss.

¹³ Ibid., pág. 304.

¹⁴ Rolando García, “Interdisciplinariedad y sistemas complejos”, en *Ciencias sociales e información ambiental*, Madrid, Gedisa, 1994, pág. 100.

¹⁵ Jorge Wagensberg, *Ideas sobre la complejidad del mundo*, Madrid, 1996.

calidad de zanahoria va a nacer o qué forma urbana se va a imponer. Es la propia complejidad del sistema abierto la que se encarga de absorber sus desequilibrios para organizarlos en una nueva síntesis ocasional. Y todo esto, además, lo hace a través de una operación computacional “de asociación (conjunción, inclusión, identificación) y de separación (disyunción, oposición, exclusión)”¹⁶.

En el fondo, Edgar Morín, Murray Gell-Mann, Jorge Wagensberg, por citar tres autores de hoy, manejan la misma clave a pesar de trabajar sobre objetos tan distintos como las estructuras mentales, el conocimiento computacional, la evolución biológica o los fenómenos de la física cuántica. Entienden que la complejidad adaptativa es la clave para comprender cualquier proceso: psicológico o urbano, lingüístico o bioquímico, cerebral o planetario. Hablando en concreto, el secreto está en que la complejidad tiene una forma de apoderarse de sus insumos y de reorganizarse con ellos. Su tendencia es al orden. Estamos ante una ciudad-encrucijada, ciudad-mundo, que se constituye precisamente a través de computar, conjugar, equilibrar, sus muchas divergencias internas. La ciudad actual responde a la acción de factores activos, incluso contrastantes. De ahí surge su ser variopinto y su capacidad para asombrarnos todos los días. La gran ciudad actual es grotesca. Ni siquiera se la conoce. Por debajo de su orden externo bulle una inmensa discordia. En ella cabe todo, hasta lo impensable. Su configuración futura no es, en consecuencia, exactamente predecible.

En el pensamiento complejo nada es exactamente predecible y menos tratándose del hombre. Sin embargo, tampoco será un caos. Los sistemas abiertos, adaptativos, tienden al orden. Es la ley de la entropía, pero al revés¹⁷.

La ciudad-mundo es una estopa de fuerzas visibles y fuerzas subterráneas. Olvida de dónde viene. Olvida cuál fue su primer apellido. Por debajo del cascarón físico, de sus edificios, avenidas y parques, corren, como en las órbitas internas del átomo, paquetes discontinuos de energía: la vida de la ciencia, las organizaciones del trabajo y del delito, los signos comunicacionales y el dinero, los que flotan peligrosamente sin vincularse oficialmente con nada.

La ciudad actual está arrancando los clavos en los que ellos colgaban su memoria y su nostalgia. Piensan que, lanzados a una barahúnda que ignora toda tradición y todo sentido de

intimidad, están siendo etnológicamente irrespetados. Quizá consideran como des-humanización lo que otros llamarían sólo des-aldeanización.

La distancia entre el quark y el jaguar, viene a decir Murray Gell-Mann, de alguna manera, no existe. “El mundo del quark lo tiene todo para dar cuenta de un jaguar caminando en círculo en la noche”¹⁸. Ciertamente, todo esto resulta apasionante. Una hipótesis como ésta demuestra la intensa continuidad, el isomorfismo estructural que hay entre entidades naturales y culturales, biológicas y cognoscitivas, tal como lo habían destacado interesantes físicos y psicólogos actuales: Piaget, Kapra, Bohr, Pribram, Maturana, etc.¹⁹. Una de las cosas que se lleva por delante el pensamiento complejo es el concepto de cosa, de ciudad, en cuanto unidad cerrada o mónada. En un sistema todos sus elementos se interaccionan. El pensamiento complejo devela la complementariedad entre corpúsculos y energía, entre física y conciencia, entre historia y emocionalidad. De esa manera atribuye a los objetos y a los sucesos un carácter mucho más relacional y evanescente. Abandona las claves planas, unilaterales, y las sustituye con un juego de espejos combinados. La ciudad es un hecho cultural.

La ciudad virtual está empezando a ser más real que la real. La televisión es la única forma de recorrerla y de saber lo que está pasando en ella. Si el símbolo de la ciudad vieja era la catedral gótica, de puntillas hacia el cielo, con su austero mensaje de espiritualidad y eternidad, ahora lo es el gran centro comercial, las autopistas que hacen del viaje y el desplazamiento el símbolo de su nuevo inquilino. En urbes como Barcelona o Bogotá los centros comerciales han pasado a ser la representación más nítida de la ciudad. Ellos son los que mejor concentran su gente y su brillo. Si en la ciudad de antes había un centro indiscutible, hoy hay muchos. El centro ha explotado en fragmentos hacia la periferia. Cada uno de ellos maneja sus normas, sus valores y su argot. Esta es la ciudad posmoderna, la que se reemplaza rápidamente, policroma y hedonista. Suprime los espacios centrales con la misma facilidad con que reemplaza los discursos políticos y los valores morales. La centralidad no existe para ningún efecto. Cualquier intento de centralismo es una anacronía. Esta es una ciudad subversiva, siniestra, lunática, miserable, pero también noble, educadora, refinada. Aquí cabe todo. Esa es su normalidad. La norma, el valor y el símbolo sólo pueden

¹⁶ Edgar Morin, *Biología del conocimiento; la computación viviente*, Madrid, 1998.

¹⁷ Murray Gellman, *El quark y el jaguar*, Barcelona, 1997.

¹⁸ Ibid., pág.189.

¹⁹ Jesús Martín-Barbero, *Hegemonía comunicacional y descentramiento cultural*, México, 1998.

sobrevivir si se transforman. La discrepancia puede resultar hermosa o repugnante, pero es indiscutible. El fenómeno de la re-territorialización de la ciudad está a la vista. Cada grupo y cada momento viven la ciudad a su manera. La otra es, fundamentalmente, una ciudad virtual. Los medios de información son los que se encargan de llevarnos a unos barrios, a una ciudad que casi nunca pisamos. Vivimos en una ciudad informática. Contradictoria en muchos aspectos. Los teléfonos celulares, colgados de la cintura, a flor de robo, son parte de esta ciudad del exhibicionismo. Una ciudad que crea al delincuente y luego lo reprime. Lo cierto es que ella ya no está exactamente aquí o allá, ni es esto o lo otro. La ciudad es el flujo, lo centrífugo, el dramatismo creado por su propia complejidad. Algunos, quizá, están en la ciudad, pero no pertenecen a ella. Están en el no-lugar. Para ellos la ciudad es el no-lugar, lo inhóspito, lo agresivo. De esa manera vienen a negar el concepto original de ciudad.

Como se sabe, frente a una visión nómada, historicista del hombre, la ciudad quiso significar el lugar de la permanencia placentera. Por eso se prodigaron tanto a partir del Renacimiento. Los edificios históricos, los barrios coloniales que a veces se conservan con galantería de orfebre, son otra muestra del eclecticismo de esta cultura. Ella ya ha madurado lo suficiente como para respetar y convivir con las diferencias. La inserción de la historia en la ciudad, la asunción de su temporalidad, subraya, igualmente, el carácter relativista y fugitivo con que al nuevo ocupante le agrada plantear sus relaciones. La experiencia de la complejidad orienta naturalmente hacia la tolerancia.

La nueva planificación urbana, en un espíritu educador, sus grandes concesiones al peatón, al paisaje, al espectáculo soberbio, a las estrellas y a la ecología, no sólo rescatan espacios para el hombre sino que responden a la angustia claustrofóbica que la ciudad de los cincuenta y sesenta había creado. La gran ciudad de hoy está preparada para gozar y disfrutar, y no sólo para trabajar o dormir.

El sentido funcionalista de la arquitectura está siendo reprendido por la intención estética. Las mismas reliquias arquitectónicas o las esculturas ornamentales están más al servicio del placer que de la memoria histórica. El nuevo urbanismo vuelve a pagar un alto tributo a la elegancia y, desde luego, a su exorbitante demanda de servicios.

La identificación personal o colectiva es casi imposible y además superflua. La fluidez del río hace inútil cualquier identificación. Todos somos iguales, gotas de un cauce acelerado. ¿Quién es realmente extranjero, sorpresivo hoy en una ciudad mastodóntica? Nada humano le es ajeno. Hay

casos, sin embargo, en los que un maltrecho urbanismo no hace ni la más mínima concesión a la belleza o al hombre. Pero aún queda la alternativa del modelo "cuántico", la del pensamiento complejo. Un modelo en red, de diferentes niveles discontinuos y enlazados, zonas diferenciadas, atravesadas por medios de comunicación y autopistas, pero en contacto también con un pedazo de tierra. Nos queda el modelo del átomo, de la célula, pero habitados por hombres. La megalópolis ya ha creado su propia patología. Ahora hay que dar tiempo a que su creciente complejidad sintetice el nuevo punto de equilibrio.

Democratización y proyecto social

En este orden de ideas, el proceso de democratización de los estados, las sociedades y las ciudades, ha abierto la posibilidad de hacer realidad los ideales de la Ciudad Educadora como proyecto social. Precisamente la ciudad y la educación son un campo interrelacionado, donde se pueden des-estructurar las relaciones autoritarias y convertirlas de forma sistemática en relaciones democráticas. Aquí es donde cabe introducir de forma consciente las pautas sociales de la comprensión, la solidaridad y la responsabilidad por parte del Estado y de la sociedad civil.

Este proceso es paulatino, toda vez que enfrenta por sí mismo tradiciones fuertemente antidemocráticas, enraizadas en los aparatos estatales, educativos, y en diversas concepciones y prácticas sociales. El proceso democratizador y educador debe ser coherente con un proyecto político para el buen gobierno de la ciudad, en el que se apuntalen biunívocamente y debe ser global, para que abarque la ciudad en su conjunto. Igualmente debe ser un proyecto cultural comprometido con la recuperación y la construcción de la identidad histórica, la identidad cultural y la identidad ciudadana.

Los gobiernos locales para ser fuertes deben ser democráticos, es decir, representativos, basados en la elección popular directa, combinando la personalización y la globalización de la representación, así como la participación de las distintas zonas de la ciudad y de las minorías políticas, sociales y étnicas. Sólo un gobierno local representativo puede aspirar a ejercer legítimamente y con autonomía la autoridad²⁰.

Los gobiernos serán autónomos no sólo si están liberados de tutelas políticas en el ejercicio de sus competencias y funciones, sino también si disponen de la posibilidad formal y material de establecer normas y tomar decisiones y, además, de hacerlas ejecutar. Pero al mismo tiempo los gobiernos

²⁰ Jordi Borja, "Ciudad y Democracia", en *Rev. Foro*, N. 5, Bogotá, 1988.

locales no pueden reproducir y ampliar los vicios de las administraciones públicas tradicionales, por lo cual es deseable introducir formas modernas de control del gasto público y practicar una política de austeras concepciones que les permitirá movilizar mayores recursos para el servicio a los ciudadanos.

Las ciudades deben organizarse internamente según modelos de descentralización territorial, de forma que puedan desarrollar una gestión próxima a la ciudadanía, con el reconocimiento de las identidades barriales o vecinales y la creación de estructuras representativas que estimulen la participación ciudadana. Las ciudades deben favorecer la integración y la pluralidad. Es tan necesaria la transparencia en la gestión pública como la protección de la privacidad individual²¹.

Asimismo, la creación y promoción de mecanismos participativos es una condición indispensable para la eficacia de la gestión urbana y para la democratización del modelo de gobierno.

Pero la democracia tiene el deber de no idealizar al pueblo, por la simple razón de que una comunidad "malformada" por la arbitrariedad y la manipulación termina pareciéndose a lo que la tiraniza. Para que la democracia funcione, es preciso procurar que se formen ciudadanos calificados, capaces de expresar criterios, imbuidos de principios, de responsabilidad social y con conciencia de sus derechos.

Ciudad y proyecto político

Construir políticamente una ciudad es dotarla de procesos políticos y administrativos que permitan el autogobierno y la participación. Construir socialmente la ciudad es algo que debe hacerse desde la sociedad local. Ello significa potenciar su capacidad de auto-organización y movilización política. El proyecto político tiene como tarea el fortalecimiento del tejido social y una nueva forma de concebir y vivir lo político en la ciudad y su región, apoyados en una propuesta ética y técnica con una decidida conducción política, una base social fuerte y un proyecto cultural que identifique la ciudad.

Las ciudades se deben constituir en sí mismas proyectos políticos, dotarse para la acción política y para ejercer como verdaderas *polis*. A este respecto el pensador chileno Sergio Boisier ha avanzado en diversas formulaciones para contextualizar la ciudad y la región en el marco y en la propuesta de un proyecto político. Advierte que construir políticamente una región (ciudad) es dotarla de estructuras

políticas y administrativas que permitan un grado variable de autogobierno, algo que incluso puede hacerse por decreto. Y a renglón seguido afirma:

Construir socialmente una región (ciudad) es algo que debe hacerse desde y con la incipiente sociedad regional, toda vez que este proceso significa potenciar su capacidad de auto-organización, transformando una comunidad inanimada, segmentada por intereses sectoriales, poco perceptiva de su identificación territorial y en definitiva, pasiva, en otra organizada, cohesionada, consciente de la identidad sociedad-región, capaz de movilizarse tras proyectos colectivos, es decir, capaz de transformarse en sujeto de su propio desarrollo²².

Este proceso de construcción regional se apoya a su turno en la puesta en práctica de dos proyectos: uno, de carácter político regional, productor de cohesión y de movilización y, otro, de naturaleza cultural regional, productor de la percepción colectiva y de identidad.

El primero de ellos supone definir, advierte Boisier, un futuro regional donde la ideología, su condición política, su apoyo social y su fundamento técnico sean soporte y se materialicen en un escenario posible dentro de la gama de escenarios regionales deseables; el segundo supone una inteligente combinación de la apropiación regional de las culturas locales vernáculas preexistentes y la apropiación regional de la cultura regional. Vista desde la perspectiva urbanística y de construcción de ciudad para aprovechar las potencialidades y hacer frente a los problemas que el desarrollo de la ciudad plantea, hay que dotarla de un proyecto colectivo capaz de ordenar el desarrollo urbano en beneficio de la mayoría de la población. Este diseño colectivo, democráticamente definido y aplicado con los intereses mayoritarios, contribuirá a la construcción de una ciudad colectiva y socialmente apropiada por los ciudadanos. Este proyecto no puede centrarse solamente en la transformación física de la estructura urbana. Debe contribuir de manera significativa al cambio de las estructuras mentales, y en un sentido gramsciano, debe cambiar la superestructura de la sociedad.

La transformación física del espacio es un factor importante en este proyecto de mejoramiento, pues como se ha indicado con anterioridad, la configuración del territorio es, al mismo tiempo, elemento resultante y condicionante de los procesos sociales que en él tienen lugar.

Uno de los principales requisitos para dotar a la ciudad de un proyecto de este tipo es adaptar las estructuras políticas y administrativas a los requerimientos que las nuevas dinámicas

²¹ Ibid.

²² Sergio Boisier, *El difícil arte de hacer región*, Lima, págs. 75ss.

territoriales y sociales plantean. Esto debe hacerse a todas las escalas: desde lo global hasta lo local, con el propósito de que se permita planificar y gestionar unidades significativas del territorio de la ciudad, la región y el país.

Un proyecto político de esta dimensión para la ciudad debe establecer un determinado ordenamiento del territorio que le permita definir con claridad las opciones de desarrollo futuro para beneficiar a la mayoría de la población. Este proyecto debe ser un ejercicio de construcción de la democracia local como expresión de la política en el mejor sentido de la palabra.

El pensador chileno plantea a renglón seguido que la cultura y la identidad asociadas al territorio hoy se revitalizan, no sólo como valores intrínsecos, sino como factores de competitividad regional. Los territorios organizados son los nuevos actores de la competencia internacional por el capital, por la tecnología y por los nichos de mercado. Tales territorios –en tanto regiones y/o ciudades– deben proyectarse a sí mismos como una unidad con identidad reconocida, como una totalidad referenciada, capaz de ofrecer una “imagen corporativa” en el mejor sentido del término. Esto resulta posible –advierte– sólo si la región es capaz de generar un proyecto socialmente concertado, que no es otra cosa que un verdadero proyecto político generador de una movilización social. Muchas veces ello no será posible si tal proyecto no se acompaña y articula con un “proyecto cultural” que genere y/o refuerce la identidad de la comunidad con su propio hábitat regional²³.

No cabe duda de que asistimos al fin de una época, así como se acabó Grecia o Roma. Como proyectos, hoy el proyecto político se convierte en el eje de la actividad y la construcción de las ciudades. Participamos en la construcción de nuevos escenarios que nos plantean nuevos tiempos, nuevas acciones y nuevas interpretaciones, visibles en la manera como se reorganizan las formas de trabajo y vida. Podemos afirmar que es una época de transición, en cuanto no acaba de configurarse.

Los cambios más notorios y en los cuales el proyecto de ciudad tiene que inscribirse, son los que se operan al nivel del saber y del conocimiento. Estas transformaciones son visibles en los cambios tecnológicos de la electrónica, la cibernética y la ingeniería genética, expresados a través de los servicios personales, la tecnología doméstica e industrial, las computadoras, la bioagricultura y las telecomunicaciones. La velocidad de los cambios también afecta la manera como se

da el conocimiento. Cada vez asistimos a una competencia educativa que no sólo requiere investigación y enseñanza sino aceleradamente exige información actualizada como componente básico de ese conocimiento, con el consabido peligro de que la información tiende a desplazar la profundidad del conocimiento.

La época de entrecruce de centurias trae una serie de prácticas nuevas para la construcción de las ciudades, algunas derivadas de los cambios políticos, otras de los imaginarios colectivos, y otras más de los intentos de modernización de las instituciones y de las estructuras en las cuales funciona la sociedad.

Estas prácticas nuevas nos hablan no sólo de un cambio cultural sino también de un cambio al interior del proceso social: sin duda, observamos cómo se producen una serie de modificaciones en los comportamientos y hábitos de las personas en sus relaciones con las instituciones públicas, en la manera como se relacionan con el Estado, y sobre todo, en los mecanismos de construcción de lo público.

Todas estas situaciones traen tras de sí otra manera de ser y hacer política. Cursamos un momento histórico de la ciudad cuya tarea central es la construcción de una nueva ciudadanía en la que todos nos sintamos representados y que haga compatibles igualdad con libertad, unidad con multiplicidad y diversidad con diferencia. Sin duda esto implica un proceso de deconstrucción de lo político –como idea y como práctica–, y de reconstrucción de una nueva manera de ser de la política que, recuperando su pasado, sea capaz de decir y construir lo nuevo como práctica y como discurso.

Si se parte del concepto de que el proyecto político debe buscar creativamente una nueva manera de hacer ciudad y ciudadanía, esto significa que se debe construir una nueva responsabilidad social e individual, tener mucha transparencia y ante todo abandonar el corporativismo, que con una tradición de gremio ha defendido los intereses individuales de la sociedad.

No basta con tener intereses claros de ciudad y de sociedad desde el proyecto político, es necesario construir el bloque histórico del que hablara Gramsci y construir nuevas formas de organización. Es también necesario dotar a la ciudad de una teoría, que partiendo de toda pretensión totalizante, dé cuenta de los procesos de la realidad y tenga una capacidad permanente para explicar los fenómenos nuevos. Esa capacidad consiste en saber retomar los elementos vivos de la sociedad como expresión de su pasado y recomponerlos en este final de siglo de tal manera que puedan ser explicativos y proyectivos de la época.

El proyecto de ciudad que desde la concepción educadora se puede construir, está inspirada en nuevas formas de gestión ciudadana y de proyectos urbanos. A este respecto Borja y Castells han hecho un importante ejercicio de reflexión que juzgamos oportuno destacar, el cual se expresa en el decálogo de gestores del desarrollo urbano:

- Las ciudades tienen calles, no carreteras.
- La ciudad es un espacio público.
- Hacer ciudad es construir lugares para la gente, para andar y encontrarse.
- Las obras se empiezan y se acaban bien.
- El desarrollo urbano se materializa en un programa de obras, pero sólo construye la ciudad futura si responde a un proyecto global.
- Las operaciones de desarrollo urbano son actuaciones integradas y estratégicas.
- En la ciudad el camino más corto entre dos puntos es el más hermoso. La estética urbana hace la ciudad vivible.
- Una ciudad democrática es una ciudad visible, con referencias físicas y simbólicas que ubiquen a su gente.
- Construir la ciudad futura es una tarea de todos.
- El progreso de la ciudad se mide por el progreso en cantidad y calidad de sus espacios públicos.
- No hay desarrollo urbano positivo sin capacidad de invención y de previsión. La ciudad del mañana se construye reinventando la ciudad del pasado y diseñando ciudad en las fronteras de la ciudad actual.
- La calidad del desarrollo urbano depende de la socialización de la cultura arquitectónica y estética de los espacios públicos, pero también de la penetración de la cultura cívica en los diversos actores de la ciudad.

Por último, destacan los autores: "la condición para que los grandes proyectos urbanos tengan esta multidimensionalidad depende de la eficacia del sistema democrático basado en la descentralización del Estado y la autonomía local, la representatividad y la transparencia del gobierno de la ciudad y la multiplicación de los mecanismos de participación y de comunicación"²⁴.

Una tarea y un reto de la contemporaneidad: la construcción de ciudadanía autónoma

Perspectiva política

Como lo señala Fernando Enrique Cardozo: "Ciudad y política nacieron en la tradición occidental como conceptos y realidades interrelacionadas. Etimológicamente, las articulaciones son claras: *civitas* y *polis* son raíces que en distintos idiomas expresan al mismo tiempo, un modo de habitar y una forma de participar: *civismo* y *política*"²⁵. De ahí que Arendt planteara que "ser político, vivir en una polis, significaba que todo se decía por medio de palabras y de persuasión, y no con la fuerza y la violencia".

Dos hechos caracterizan nuestra época en el estadio de la política: por una parte, el progreso de la democracia y por otra el estallido y el desbordamiento de los espacios²⁶. En este sentido la ciudad puede ser considerada como un germen de la modernidad, pues como lo ha destacado Molas, la ciudad es el eslabón más alto de la humanidad y de la cultura, y se asienta allí donde el progreso ha derrotado al viejo mundo²⁷.

Lo político es una tendencia que surge en y después de la Primera Guerra Mundial; pero aparece en pleno relieve después de la Segunda Guerra Mundial. Fue Max Weber quien inició la apertura hacia el concepto para después divorciarlo de la sociología e incluirlo de forma exclusiva en discusiones filosóficas. La autora Agnes Heller plantea acerca del concepto filosófico de lo político dos alternativas: o como ciencia, o como una cierta cosa, una cualidad, un factor, de tal manera que todo lo que esté relacionado con ella es político, excluyéndose entonces lo que no lo es; o como un dominio específico, es decir, una esfera o un sistema. En la época premoderna no hay concepto de lo político y se utiliza uno de carácter casi naturalista, según el cual políticos son sólo aquellos actos que deciden o realizan los miembros de la clase política. Los actos de las clases no políticas no son actos políticos. Las instituciones regidas por la clase política son políticas; las que no, no lo son. El concepto de lo político, tal y como lo sugiere la autora, vincula la política y la vida cotidiana de las personas²⁸.

²⁵ Fernando Enrique Cardozo, "A cidade e a política", en *Cuaderno N. 7, CEBRAP*, 1972, pág. 29.

²⁶ Jahir Rodríguez y Miguel Ángel Rojas Arias, "Ciudad y comportamiento electoral", en *Democracia, política y paz*, Manizales, La Patria, 1998.

²⁷ Molas Batllori, "La Ciudad y la Ciudadanía Democrática", págs. 41ss.

²⁸ Agnes Heller, *¿Historia y futuro. Sobrevivirá la modernidad?*, Barcelona,

²⁴ Jordi Borja y Manuel Castells, *Lo local y lo global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid, TAURUS, 1997, págs. 262ss.

El nacimiento de la moderna democracia de masas, en últimas viene a rechazar la equivalencia de clase política con acción política. Es en esta coyuntura en donde es preciso poner sobre el tapete la cuestión relativa al carácter de lo político, en el sentido de determinar qué acciones, qué fenómenos, qué instituciones tienen una procedencia política y cuáles no. En los tiempos modernos ya no tiene sentido definir *quién* es el Estado, sino *qué* es el Estado. Y es ahora cuando cada vez se entiende mejor la creciente complejidad de las apariencias que tejen “la red” política de la modernidad. Y es en esta época cuando se plantea la filosofía de lo político.

El concepto necesita contener y poner de manifiesto la tensión entre el *debe* y el *es*, en su existencia, en su *modus operandi*, en las sociedades modernas. Además, el concepto de lo político tiene un requisito adicional, en el sentido en que el *es* y el *debe*, al estar contenidos en él y manifestarse por él, deben ser de un tipo que sea central para el funcionamiento y la dinámica de la ciudad y las sociedades modernas.

En el dominio de lo político, es decir, en el espacio público, las cosas pueden convertirse en políticas en mayor o menor grado mediante acciones, instituciones, opiniones, discusiones, proposiciones, objetivos, etc., que pueden considerarse como tales en razón de su participación en lo político.

Porque el moderno sentido de lo político es equivalente a la concreción de la libertad. Asimismo el concepto moderno de lo político (la concreción del valor de libertad en la esfera pública) hace de mediador entre lo que es y lo que debe ser. Este valor pertenece al arsenal de lo político y sólo si se concretiza está directamente conectada con la causa de la libertad.

Lo político en la esfera pública, en la gestión del territorio y en la ciudad, es la gestión del valor de libertad, de permanencia para todos en un espacio, del arraigarse y del asentarse en un lugar, y el de establecerse en el tiempo por tener poder de decisión y capacidad de exigir ese espacio.

Sin embargo, la libertad no existe en abstracto, toda vez que se convoca de manera continua en nuestra vida diaria, en el barrio, en la calle, en la casa, en tanto ocupe un espacio y desempeñe actividades que interfieran o se asocien a las de los otros habitantes. Practico mi libertad si y sólo si ella no interfiere con la libertad de otros. Si no viola las reglas establecidas por la democracia, si respeta los límites y comportamientos exigidos por ella. Y es el territorio de la ciudad en donde se ejerce una parte de esa libertad universal,

a través del espacio público y del poder de apropiarlo y vivirlo de acuerdo a capacidades y condiciones del bien común.

En esta época de crisis de la ciudad la población requiere, como nunca antes, ser consciente de la necesidad de ser un verdadero *sujeto* sobre su territorio. Sujeto territorial que por su nivel de capacitación y conocimiento de su realidad, pueda plantear políticas que relacionen su territorio con los otros niveles de dominio. Debe ser un sujeto con capacidad de moverse con solvencia en los conocimientos y en el planteamiento de políticas de micro y macroterritorio. Es decir, un verdadero sujeto popular con una adscripción consciente micro y macro-territorial que le permita exigir al Estado condiciones de vida dignas. Y sólo si se exigen como respuesta al conocimiento adquirido, podrán ser desarrolladas y puestas en función en su entorno y en su vida diaria²⁹.

Lo político desde la población debe romper entonces el encasillamiento de límites y de fronteras que el Estado impone y, desde luego, debe definir en el ámbito de su vida cotidiana, la relación con su entorno cada vez más amplio, más complejo, y sin tantos límites. Pues dadas las condiciones de inserción en otras culturas y formas de vida por la penetración creciente de los medios masivos de comunicación, la vida cotidiana es cada vez más des-territorializada.

De conformidad con estos términos lo político se concreta en la cotidianidad; es allí en donde se expresan sus límites al determinar relaciones de poder en el uso, referencia y expresión territorial. Y se entrará en conflicto o en armonía con el territorio dependiendo de este poder. En lo institucional se expresará lo que le permite mantener a la población de determinada entidad territorial controlada, integrada a la institucionalidad, relacionada en forma de participante de las normas y acatando las reglas que ésta le impone, en fin, como miembro social, más que como sujeto político. De otro lado, por la vía de la población se busca cada vez más una relación dinámica, activa, que extienda su dominio y que trascienda las barreras que el Estado le impone.

No hay que olvidar que la ciudad es el laboratorio de la política y de lo político, en el cual se encuentran en permanente ebullición los elementos que la constituyen. La ciudad es un hecho por excelencia diacrónico. En esta perspectiva es imposible abandonar el trabajo de diagnóstico desde la ciencia y la política. La ciudad necesita un programa permanente de reconocimiento de su ser micro y macro sociológico, de sus identidades y diversidades culturales, de sus territorialidades, de su dinámica económica y política. Aunque el sistema jurídico las reconozca dondequiera, las situaciones para el ejercicio de la autorrealización humana encuentran en la ciudad la máxima intensidad. La ciudad es

escuela de ciudadanía en sí misma, porque es microcosmos del mundo, como lo destaca Molas, “una versión a escala humana del sistema democrático”³⁰.

En este orden de ideas se llega a una concepción de ciudadanía basada en derechos, lo cual implica la constitución de actores-sujetos que se emancipan de las limitaciones materiales básicas que imponen la pobreza y la dependencia de las intervenciones estatales.

El sociólogo inglés Marshall reflexionó sobre el concepto de derechos sociales y el proceso de expansión de la ciudadanía que fueron luego recogidos en su célebre ensayo de ciudadanía y clase social; en éste destaca que la ciudadanía moderna es un status social que atribuye derechos y deberes a los nuevos estratos sociales. Y distingue tres componentes y fases de desarrollo de ciudadanía: en primer lugar, la ciudadanía civil, que atribuye al individuo una serie de derechos asociados a la libertad; en segundo lugar, la ciudadanía política que consiste en el derecho a participar en el ejercicio del poder político y, en tercer lugar, la ciudadanía social que se afirma en el derecho a tener un nivel adecuado de educación, de salud, de seguridad social, según los estándares prevaletentes en la comunidad política de referencia³¹.

Marshall fue claro al afirmar que lo que distingue a la ciudadanía civil, política y principalmente la social –todas asociadas al principio de libertad– es su tensión respecto a su igualdad. La ciudadanía es esencialmente una relación de pertenencia a una comunidad en donde todos tienen un mismo status como miembros. Es, por lo tanto, en la política donde se define el avance o retroceso del proceso de ciudadanía. Y es por la razón de ser *sociales* y no individuales que la construcción de ciudadanía social es fundamentalmente lucha y por lo tanto, conquista política: “el método normal de establecer los derechos sociales es a través del ejercicio del poder”, afirma Marshall.

Bustelo señala, en otro orden de ideas, que se han ganado espacios en términos de derechos políticos y civiles y de libertad individuales, la preeminencia de lo individual, lo grupal y lo local. Se han abierto nuevos espacios y oportunidades pero se ha oscurecido la noción de lo social como acción colectiva³².

Él filósofo y sociólogo Edgar Morín en reciente publicación editorial dice que estamos en un período políticamente regresivo, la política reducida a la economía, y mentalmente regresivo, las ideas fragmentarias y gregarias³³.

El desarrollo de la noción de ciudadanía otorga un lugar central a la problemática de derechos civiles, políticos y sociales, lo que permite plantear una nueva concepción de las políticas públicas para moverse a la consideración de las necesidades como derechos. Aquí es necesario desarrollar el concepto de inclusión social que está referido a tener la posibilidad real de acceder a los derechos sociales; en este sentido la Comisión Económica Europea ha planteado que la exclusión social se refiere a la imposibilidad o a la no-habilitación para acceder a los derechos sociales sin ayuda, sufrimiento de la autoestima, inadecuación de las capacidades para cumplir con las obligaciones, riesgo de estar relegado por tanto tiempo a sobrevivir al existencialismo y la estigmatización.

En este mismo orden de ideas, Bhalla destaca que el concepto de exclusión social va más allá de los aspectos económicos y sociales de la pobreza e incluye los factores políticos tales como derechos políticos y ciudadanía que remarcen la relación entre los individuos y el Estado, así como entre la sociedad y los individuos.

Tanto la inclusión social como su contra-cara, la exclusión, se determinan en diversas esferas de la vida política, económica, social y cultural. De ellas pueden tener prioridad las que significan integración política, económica y social. La inclusión política está directamente ligada con lo que puede considerarse ciudadanía formal y con la participación o no como ciudadanos en la marcha de la sociedad. La política en el entendido de transformación del conflicto, donde el desarrollo político entra como parte del desarrollo social y el desarrollo de la democracia como parte del desarrollo político. La inclusión económica y la social están relacionadas con la participación de la vida colectiva y pueden distinguirse dos ejes: por un lado, el que se refiere al empleo y protección social y, por el otro, el que toma en cuenta las interrelaciones individuales y colectivas en el contexto que se ha denominado el capital social³⁴, y que demarca la inclusión social. En este caso se incluye una serie de factores decisivos para el bienestar del ser humano en su vida individual, familiar, comunitaria y social. Tal como lo ha destacado Alberto Minujin: “cualquier alternativa que se plantee deberá dar centralidad a la problemática de la inclusión social integrada en el marco de una creciente expansión de la ciudadanía en particular, en el ámbito de los derechos sociales y de la democracia”³⁵.

³⁰ Ibid., pág. 47.

³¹ Alfred Marshall, *Ciudadanía y Clase Social*, Chicago, 1950.

³² Eduardo Bustelo, *La política social esquivada*, en *Revista Espacios*, No. 8, San José, Costa Rica, 1997.

³³ Edgar Morin, *Una política de civilización*, Paris, ARLEA, 1997.

³⁴ El concepto de Capital Social abarca más que el de Capital Humano, pues incluye el conjunto de prácticas y redes políticas y sociales prevaletentes así como, su desarrollo histórico.

³⁵ Alberto Minujin, “Vulnerabilidad y exclusión en América Latina”, en Eduardo Bustelo y Alberto Minujin (eds.), *Todos entran. Propuesta para sociedades incluyentes*, Santafé de Bogotá, Santillana, 1998, pág. 194.

En nuevos desarrollos del concepto de ciudadanía Galtung ha planteado la política como una búsqueda del equilibrio y ha destacado que la democracia no está libre de problemas. Cuatro palabras, gobierno, gobernantes, gobernados y normas se pueden combinar para crear una definición sencilla: la democracia es gobierno de acuerdo con normas que hacen los gobernantes responsables ante los gobernados, y ha propuesto dos tipos de democracia: tipo A y tipo B. En la democracia tipo A las decisiones son producto del consenso, después de discusión, con la participación de todos, gobernantes y gobernados; el instrumento básico es el diálogo, un intercambio de argumentos sin inicio ni fin, parecido a una conversación en la cual no existe ganador ni perdedor. En la democracia tipo B, las decisiones se basan en la voluntad de la mayoría luego de la votación, con la participación de todos, gobernantes y gobernados, en la cual el instrumento básico es el debate. En realidad la democracia madura supone la existencia de ambas cosas: la discusión tendiente al consenso y el debate tendiente a una voluntad mayoritaria en ambientes más amplios.

En este concurso de ideas Bustelo ha propuesto como modelos de ciudadanía una asistida y otra emancipada. El modelo de ciudadanía asistida se ubica en la tradición más conservadora en política económica y social; la ciudadanía es concebida esencialmente como de naturaleza civil. La ciudadanía política no es sólo de derechos formales, principalmente en cuanto al derecho a elegir y ser elegido; los derechos sociales no son demandables en un sentido positivo a menos que tengan una base contributiva.

La ciudadanía expansiva es por definición una propuesta socialmente inclusiva. Todos los ciudadanos forman parte de la conversación a través de la cual se desarrolla una comunidad de argumentos. En ésta las personas no son *pacientes*, es decir, objeto de tratamiento o de intervención pública, sino actores en la doble dimensión individual y societaria: la emancipación es individual ya que los individuos son autónomos. Bustelo señala que la emancipación no se cuenta de uno a uno, no es una sola, no es única. Implica, como ya se dijo, una comunidad de argumentos y una responsabilidad por el conjunto; por eso se trata de una "emancipación democrática", en los postulados de Habermas. Se ilustra con el siguiente cuadro este debate contemporáneo sobre la ciudadanía³⁶.

Cabe destacar que el ámbito para la expansión de la ciudadanía es la democracia como sistema de igualdad, ya

que históricamente la democracia está contrapuesta al sistema de desigualdades. A su vez para luchar con efectividad hay que construir poder democrático, y buscar poder es esencialmente buscar política. En otras palabras, es considerar los derechos sociales como parte del proyecto de construcción de una democracia participativa y la política como instrumento de su realización. Bajo estos postulados se inspira la Ciudad Educadora que queremos construir y que defendemos como proyecto colectivo.

Recientemente, Adela Cortina propuso abrir el debate sobre el concepto de ciudadanía política y ciudadanía social, en la que los ciudadanos, como protagonistas, constituyen el eje central. Señaló, asimismo, que la noción de ciudadanía política hunde sus raíces en la Grecia clásica y llega hasta nuestros días de la mano de tradiciones republicanas como la proseguida por Hannah Arendt; desde esta perspectiva, no es sólo ciudadano aquel que tiene una cédula de identidad o un pasaporte, sino el que participa en las deliberaciones y decisiones que se toman en torno a las cuestiones públicas. Auténtico ciudadano –diría esta tradición en nuestros días– es aquel que toma parte activa en lo público, en aquello que a todos afecta.

En el concepto de ciudadanía social, tal como lo concibió Marshall, ciudadano es aquel que en una comunidad política ve protegidos sus derechos civiles (libertades individuales), políticos (participación política) y sociales (trabajo, educación, salud y calidad de vida). El concepto de ciudadanía social crítica exige a los ciudadanos asumir su responsabilidad. Por ende, su protagonismo, en la construcción de una sociedad de justicia, es imposible sin la participación activa de la sociedad civil, como imposible sin el fortalecimiento de una sociedad civil capaz de asumir activamente su corresponsabilidad en la creación de una sociedad justa: "Si rehusamos ser los protagonistas de nuestra historia podremos tener la certeza de que nadie la hará por nosotros, por que nadie puede hacerla"³⁷.

Para reflexionar acerca de la ciudad y sus ciudadanos en la perspectiva de construcción de ciudadanía, es ilustrativo lo que señaló Platón en *La República* "nosotros no establecemos la ciudad mirando qué clase de gente sea especialmente feliz, sino para que lo sea en el mayor grado posible la ciudad toda"³⁸. O como señala Castoriadis "La sociedad hace los individuos que hacen la sociedad"³⁹.

³⁷ Adela Cortina, "Ciudadanos como protagonistas", en *Ética ciudadana y derechos humanos de los niños*, Santafé de Bogotá, Magisterio, 1998, pág. 28.

³⁸ Platón, *La República*, Barcelona, Atalaya, 1993, pág. 162.

³⁹ Cornelius Castoriadis, "Poder, política y autonomía", en *Revista Ensayo y Error*, N. 1, Santafé de Bogotá, 1999, pág. 9.

Ciudad y ciudadanía

La actividad política es fundamental porque habilita a los ciudadanos para ejercer y desarrollar su capacidad de juicio político. La concepción moderna proclama que la ciudadanía es también una identidad; Arendt sostiene que con la modernidad en la esfera pública – “entendida como el espacio donde reinan libertad e igualdad; lugar en el que los individuos interactúan mediante el habla y la persuasión, tomando decisiones colectivas”⁴⁰ –, se ha perdido el auge de lo social, al desvitalizar la ciudadanía misma.

Así, la vida pública es la fuente de revelación de la propia identidad; por su parte, la educación cívica se transforma en una acción discursiva reveladora de la identidad personal; es aquí donde el ejercicio pedagógico de Ciudad Educadora desde la perspectiva política debe contribuir a forjar la capacidad crítica y el pensamiento libre y autónomo del ciudadano que no es otra cosa que habilitarlo para la formación del juicio político; no obstante, estamos de acuerdo en que la educación no es un simple aprendizaje sino una experiencia múltiple, en donde es indispensable el diálogo para favorecer el pluralismo de las convicciones, la promoción de los desacuerdos racionales y el ejercicio de diversas prácticas sociales⁴¹.

En razón de lo anterior, Fernando Bárcena propone considerar la noción de ciudadanía como un concepto contestable que, como tal, posee tres características:

1. Es un concepto apreciativo o evaluativo que no se limita a describir sino que indica una norma, que expresa tipos de acciones, conductas, realidades prácticas, cosas que deben hacerse;
2. Es un concepto abierto, sometido a frecuente definición y redefinición, lo cual es consonante con la concepción de ciudadanía como una práctica interpretativa; y,
3. Es un concepto que describe un núcleo intrínsecamente complejo de prácticas de compromiso⁴².

Por otra parte, Touraine, desde un ángulo distinto, llega a afirmar que la noción de ciudadanía es inactual ante el doble movimiento de globalización y privatización que rompe las normas de vida social y política; en las condiciones de

desmodernización, desocialización y desinstitucionalización en que viven las sociedades postindustriales, la mediación de la ciudadanía se encuentra en deterioro⁴³.

En este orden de ideas, pensar entonces en la formación de un individuo autónomo e independiente, éticamente desarrollado, depende de hasta qué punto es posible un proceso de individualización coherente en relación con el otro semejante y el gran otro, el “ajeno” de las instituciones sociales y de la ciudad⁴⁴.

El mismo Touraine, de acuerdo con su teoría de la desmodernización, sugiere que el individuo ya no se forma asumiendo roles sociales y medios de participación; se constituye por la suma de tres fuerzas: a) imponiendo su deseo de libertad y voluntad individual; b) en la lucha contra los poderes que transforman la cultura en comunidad; y c) en el reconocimiento interpersonal e institucional del otro como sujeto. De esta forma destaca que la relación con uno mismo gobierna la relación con los otros; “lo social...descansa sobre lo no social y no se define sino por el lugar que otorga o niega a ese principio no social que es el sujeto”⁴⁵.

La educación, por tanto, al asumir y fortalecer la libertad del sujeto personal, permitiría establecer una escuela del sujeto. Al mismo tiempo, al tener en cuenta la importancia de la diversidad cultural y el reconocimiento del otro, la escuela se convertiría en una escuela de la comunicación.

Desarrollar un pensamiento y una práctica educativa/comunicacional crítica, habrá de significar hoy no sólo romper la trama de lo comunitario y de *des-erosionar* los cuerpos que han sido considerados como *objetos manejables* y susceptibles de ser marcados por sentidos cristalizados, sino fundamentalmente construir en proceso una ciudadanía cuyo sentido no debe clausurarse anticipadamente, sino que debe caracterizarse, construirse y formarse como proceso de lucha por la ciudadanía, en el que se ponen en práctica las mediaciones entre las culturas y las políticas.

La ciudad actual es corpus y contexto de ciudadanías diversas, multiplicidad cultural y simultaneidad, todo en constante movimiento. Allí, la represión y la tecnología como

⁴³ Alain Touraine, *¿Podemos vivir juntos?*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1997. Cap. I.

⁴⁴ Esta concepción antropológica del progreso humano, planteada originalmente por Hegel, la explica Paul Ricoeur como el tránsito por los estadios de individualización, identificación e imputación, a través de lo cual el individuo se asume como Yo, y luego como *ipse* (sí mismo). Propuesta que no se distancia de la de Hannah Arendt respecto de la formación del sujeto como actor social: en ambos casos la concepción de identidad narrativa es fundamental.

“Individuo e identidad personal”, en *Sobre el individuo*, págs. 67-90.

⁴⁵ Touraine, *¿Podemos vivir juntos?*, pág. 74.

⁴⁰ Hannah Arendt, *Sobre el individuo*, Barcelona, Paidós, 1990.

⁴¹ Este pensamiento desarrollado hace algunas décadas por Hannah Arendt, hoy es abanderado por la UNESCO. Véase: *La educación encierra un tesoro*, Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI, presidida por Jacques Delors, capítulos 2 y 8, Santillana, UNESCO, 1996.

⁴² Bárcena, *Ibid.*, págs. 157-163.

ordenadores de la ciudad resultan dudosos y nunca como hoy la educación ciudadana tuvo un papel tan importante, porque esta ciudad nueva, inédita, exige soluciones también inéditas: educación urbana, lo que significa enseñar y aprender a convivir en las diferencias, en lo múltiple y en lo simultáneo. Hoy debemos mirar un corpus heterogéneo de objetos culturales, cual fragmentos arbitrarios que juegan sobre las estructuras inestables: la ciudad del nómada, del pasajero, del acontecimiento efímero y de la extensión homogénea e indeterminada, no puede ser investigada desde la rigidez conductista; mucho menos puede ser encasillada en normativas ajenas que intentan reprimir sin comprender. La ciudad adquirió autonomía en el diálogo con el ciudadano: ambos enseñan y aprenden, se relacionan en el concepto de deseo. La ciudad enseña desde la actualidad y desde la historia, porque en cada uno de los momentos es presente y memoria de sus acontecimientos y de sus espacios, que son el marco, la escenografía para la vida; como los define Norberg-Schulz, los espacios para la existencia⁴⁶. En esta dirección hay que destacar que nos enseñaron a ver en la ciudad el resultado de los procesos pero no los procesos; desde Ciudad Educadora como proceso, la tarea es como la señala Kavafis en el poema sobre Itaca: "ojalá que el camino sea largo, - sugiere el poeta de Alejandría-, no apresurarlo y llevar en el pensamiento la ciudad soñada porque a ella se debe el viaje. Por todo esto, la educación, debe estar dirigida más al viaje que al arraigo, más al nómada que al sedentario, porque más enseña el viaje que la estación"⁴⁷.

En este propósito construir ciudad y ciudadanía, implica una participación deliberante de todos y cada uno de sus miembros en los destinos y acontecimientos de la *polis*, es ante todo una actitud de ejercicio práctico y decisión colectiva; en esta dirección señala Aristóteles: "Es ciudadano, el individuo que puede tener en la asamblea pública y en el tribunal voz deliberante, cualquiera que sea la polis de que es miembro, y por polis entiendo una masa de ciudadanos que posee todo lo indispensable para satisfacer las necesidades de la existencia"⁴⁸.

La relación entre la ciudad y el conocimiento es muy antigua, pero especialmente entre la ciudad y la formación del individuo. De ello es prototipo la ciudad griega con el ágora y la academia (la *polis*) y la ciudad romana con sus foros y liceos (la *civitas*); allí se daba la formación académica de la época y

la educación pública en el ejercicio del debate político de los ciudadanos.

Pero otro caso especial está en el pensamiento de Kant cuando describe su ciudad y la propone como ideal: Una gran ciudad, el centro de un reino, en la que se encuentren los órganos del gobierno, que tenga una universidad (para el cultivo de las ciencias), y además una situación favorable para el comercio marítimo, que facilite un tráfico fluvial tanto con el interior del país como con otros países limítrofes y remotos de diferentes lenguas y costumbres, - una tal ciudad, como por ejemplo Königsberg a la orilla del Pregel, puede ser considerada como un lugar adecuado para el desarrollo tanto del conocimiento de la humanidad como del mundo: donde dicho conocimiento puede ser adquirido inclusive sin tener que viajar ⁴⁹. El término ciudad y ciudadanía viene de *civitas*, como la llamaban los romanos. Era el lugar donde habitaban los ciudadanos, es decir, aquellos a quienes les estaba permitido participar en los asuntos del Estado, que en su versión romana era la misma ciudad, o sea la Ciudad-Estado. Por ello se diferenciaban de los extranjeros (los llamados *bárbaros*), de los esclavos y de otros excluidos de ese espacio y de ese *modus vivendi*.

En su origen, el concepto de ciudadanía está pues ligado a la participación política, al ejercicio de este derecho. Y la educación del ciudadano era la educación del hombre para vivir en la sociedad, esto era, para vivir en la ciudad. Para nosotros el término ciudadanía ha estado asociado a la democracia burguesa parlamentaria. Sin embargo es necesario afirmar que el ejercicio de la ciudadanía es tan importante para este tipo de democracia como para cualquier proyecto de transformación política que se desee emprender. De hecho, ello se ha mantenido por siglos aún con índices precarios de participación electoral, como hasta hace poco se conocían en Colombia. En cambio ha sido el principal obstáculo para que florezcan alternativas políticas progresistas.

Pero la ciudadanía no se refiere sólo a los grandes asuntos del Estado sino y sobre todo a los problemas cotidianos, a la participación en la regulación del uso del espacio público, a la normatización justa de las relaciones del Estado con los ciudadanos. En una palabra, la ciudadanía pasa por la construcción y el fortalecimiento de la civilidad, de la sociedad civil.

El ciudadano se construye en la participación política sobre el destino de la sociedad. Sin una participación en la vida pública

⁴⁶ Norberg Schulz, *Significado de la arquitectura occidental*, Milán, Electra, 1977.

⁴⁷ Citado por: Juan Carlos Pérgolis, "Ciudad y ciudadanía", en *Rev. Nómadas*, Bogotá, 1998.

⁴⁸ Aristóteles, *Política, libro tercero*, Barcelona, ALTAYA, 1993, cap I.

⁴⁹ Fabio Giraldo, *Pensar la Ciudad*, Bogotá, TM Editores, 1996, pág. 18.

no es posible construir la ciudadanía: el ciudadano debe, como pensaba Aristóteles, ser aquel que es capaz de gobernar y de ser gobernado. Por consiguiente el proyecto de ciudad debe tener como eje articulador la construcción de una nueva ciudadanía⁵⁰.

Esto se concreta en la participación, por diversos mecanismos, en la toma de decisiones sobre cuestiones de interés común:

“La autonomía política de los ciudadanos debe expresarse en la auto-organización de una comunidad que se da sus leyes mediante la voluntad del pueblo. La autonomía privada de los ciudadanos debe por otra parte - señala Habermas - cobrar forma en los derechos fundamentales que garantizan el dominio anónimo de las leyes”⁵¹.

Pero esta condición de ciudadano, bien sea formada en acto pedagógico o desarrollo político en el escenario de la ciudad, hoy tiene que consolidar y profundizar la democracia, la cohesión social, la equidad, la participación, en suma, la moderna ciudadanía.

En los propósitos anteriores, podemos percatarnos de que el reto pedagógico es enorme. Y no es otro que el de contribuir mediante procesos de movilización social y política, entendidos también en clave educativa, a formar sujetos políticos universales en tanto locales, con identidades simultáneas y cambiantes.

No estamos ante un prerrequisito de ciudadanía política, es decir, no se trata de construir primero las condiciones sociales y económicas para vivir con dignidad y luego, ahí sí, ocuparse de los problemas de interés común. Estamos ante un proceso simultáneo. En el acto de dotarse de las condiciones referidas, de construir una ciudad más al alcance de su mano, se constituyen los sujetos autónomos que ejercen una ciudadanía plena.

Ciudadanía: un desafío político para la ciudad

La ciudadanía fue en el pasado un atributo que distinguía a los habitantes permanentes y reconocidos como tales de la ciudad. Suponía un *status* definido por un conjunto de derechos y deberes cívicos, socio-económicos y políticos, que se podía ejercer en el ámbito del territorio de la ciudad (que en muchos casos era bastante más extenso que el ocupado por el núcleo aglomerado).

Luego, a partir del siglo XVIII y sobre todo en el XIX, la ciudadanía se fue vinculando al Estado-nación. Los

ciudadanos eran los que poseían la nacionalidad, atributo que concedía el Estado, y, en tanto que tales, eran titulares de derechos políticos exclusivos (participar en los procesos electorales, formar asociaciones y partidos, ser funcionarios públicos, etc.). Los derechos sociales y cívicos de los ciudadanos también eran más amplios que los de los no-ciudadanos (extranjeros residentes o de paso), pero el concepto de ciudadanía se ha aplicado principalmente al *status* político-jurídico (sobre todo en la cultura anglo-sajona) en el marco del Estado. Su origen “ciudadano” se ha casi olvidado.

La ciudad es la mejor oportunidad de innovación política. Por la complejidad de las políticas públicas que en ella deben integrarse y por una dimensión que permite una relación más directa con la población. El ámbito regional-metropolitano, el de ciudad y el de barrio ya requieren soluciones originales, no uniformizantes. También es el lugar de innovar en las relaciones entre administración y ciudadanos. Hoy se habla más de participación ciudadana que de participación política. La gestión política local requiere hoy multiplicar la información, la comunicación, socializar las potencialidades de las nuevas tecnologías. La participación puede ser información, debate, negociación. También puede derivar en fórmulas de cooperación, de ejercicios o gestión por medio de la sociedad civil (asociaciones o colectivos, empresarios ciudadanos, organismos sindicales o profesionales, etc.). El estatuto de ciudadano representa un triple desafío para la ciudad y el gobierno local.

- Un desafío político: conquistar la capacidad legal y operativa para contribuir o universalizar el estatuto político-jurídico de toda la población. Y también adquirir las competencias y los recursos necesarios para desarrollar las políticas públicas que hagan posible el ejercicio y la protección de los derechos y deberes ciudadanos.

- Un desafío social, promover las políticas sociales urbanas que ataquen a las discriminaciones que imposibilitan o reducen el ámbito de la ciudadanía: empleo, situación de vulnerabilidad, marginación cultural, etc..

- Un desafío específicamente urbano: hacer de la ciudad, de sus centralidades y monumentalidad, de la movilidad y accesibilidad generalizadas, de la calidad y visibilidad de sus barrios, de la fuerza de integración de sus espacios públicos, de la autoestima de sus habitantes, del reconocimiento exterior, una productora de sentido para la vida cotidiana, de ciudadanía.

La producción de ciudadanía y el rol de los gobiernos locales es un desafío político no exclusivo de éstos. La política no reduce su espacio a las instituciones, los partidos y las

⁵⁰ Fabio Giraldo, *Pensar la Ciudad*, Bogotá, TM Editores, 1996, pág. 18.

⁵¹ Jürgen Habermas, “El nexo interno entre estado de derechos y democracia”, en *Rev. Ensayo y error*, No. 4, Bogotá, pág. 15.

elecciones. Hay otro espacio, el de la sociedad política (mejor que sociedad civil) que es el que crean y ocupan todos los organismos y formas de acción colectiva cuando van más allá de sus objetivos e intereses inmediatos y corporativos. Es el espacio de la participación ciudadana que plantea demandas y propuestas y aún deberes y responsabilidades para criticar y ofrecer alternativas, pero también para ejecutar y gestionar programas y proyectos sociales, culturales, de promoción económica o de solidaridad.

La reinención de la ciudad ciudadana, del espacio público constructor-ordenador de ciudad y del urbanismo como productor de sentido no es monopolio de nadie.

Los políticos elegidos democráticamente tienen la responsabilidad de la decisión de los proyectos públicos. Las organizaciones sociales tienen el derecho y el deber de exigir que se tomen en cuenta, se debatan y se negocien sus críticas, sus demandas y sus propuestas. Los profesionales tienen la obligación de elaborar análisis y propuestas formalizadas y viables, de escuchar a los otros, pero también de defender sus convicciones y sus proyectos hasta el final.

Para terminar se pregunta el autor catalán Jordi Borja: "¿Las ciudades deben resignarse a ser continentes pasivos de las problemáticas sociales, culturales, ambientales... derivadas de la globalización y de la pérdida de capacidad reguladora de los poderes públicos estatales y supraestatales?".

Y responde: si la ciudad es lo que se supone que debe ser, un lugar y una comunidad con capacidad de autogobierno, hoy es también un territorio articulado que, en las regiones más desarrolladas y urbanizadas, convierte a la ciudad, de hecho, en un sistema de ciudades. Este espacio tiene vigencia económica, busca la cohesión social, tiene identidad cultural (o la construye) y es capaz de definir estrategias de desarrollo concertado entre instituciones locales-regionales y sociedad civil. Entonces ¿se le puede negar el derecho y la posibilidad de ser un actor respecto a los contenidos problemáticos que asume? Un actor que reclama intervenir en los procesos que generan los problemas de la ciudad y en las políticas con que se les da respuesta.

El desafío político de la ciudad en la globalización es el de obtener un reconocimiento de actor político a escala global, más allá de su territorio y más allá de las cada vez más artificiales fronteras de «su» Estado. El mundo actual exige un planteamiento "globalizador", una articulación de lo local-global⁵². ¿Cómo puede darse esta articulación? La cultura política y jurídica debe asumir el anacronismo de monopolio

que pretenden tener los estados de ser los únicos sujetos políticos de las relaciones internacionales y de basar su legitimidad para ello en ser detentadores de la soberanía.

Bibliografía

Arendt, Hannah, "Individuo e identidad personal", en *Sobre el individuo*, Barcelona, Paidós, 1990.

Aristóteles, *Política*, libro tercero, Barcelona, ALTAYA, 1993, cap I.

Boisier, Sergio, *El difícil arte de hacer región*, Lima.

———, *Postmodernismo territorial y globalización: regiones pivotaes y regiones virtuales*, Santiago de Chile, ILPES, 1993.

Borja, Jordi, "Ciudad y Democracia", en *Rev. Foro*, N. 5, Bogotá, 1988.

———, y Manuel Castells, *Lo local y lo global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid, TAURUS, 1997.

Bustelo, Eduardo, *La política social esquiva*, en *Revista Espacios*, No. 8, San José, Costa Rica, 1997.

———, y Alberto Minujin (eds.), *Todos entran. Propuesta para sociedades incluyentes*, Santafé de Bogotá, Santillana, 1998.

Cardozo, Fernando Enrique, "A cidade e a política", en *Cuaderno N. 7, CEBRAP*, 1972.

Castells, Manuel, *La era de la información*, vol. II, "El poder de la identidad", Madrid, 1997.

Castoriadis, Cornelius, "Poder, política y autonomía", en *Revista Ensayo y Error*, N. 1, Santafé de Bogotá, 1999.

Coraggio, José Luis, *Ciudades sin rumbo. Investigación urbana y proyecto popular*, México, 1985.

Cortina, Adela, "Ciudadanos como protagonistas", en *Ética ciudadana y derechos humanos de los niños*, Santafé de Bogotá, Magisterio, 1998.

⁵² Manuel Castells, *La era de la información*, vol. II, "El poder de la identidad", Madrid, 1997; Borja y Castells, *Local y Global*, cap. IX.

- Faure, Edgar, et al., *Aprender a ser*, Barcelona, UNESCO, 1973.
- García, Rolando, "Interdisciplinariedad y sistemas complejos", en *Ciencias sociales e información ambiental*, Madrid, Gedisa, 1994.
- Gellman, Murria, *El quark y el jaguar*, Barcelona, 1997.
- Giraldo Isaza, Fabio, "Paradigmas teóricos y modelos de desarrollo: La complejidad y la Política Urbana", en *Paradigmas teóricos y modelos de desarrollo en América Latina*, Apuntesdel Genes, Separata N. 2, Santafé de Bogotá, 1995.
- , *Pensar la Ciudad*, Bogotá, TM Editores, 1996.
- Habermas, Jürgen, "El nexo interno entre estado de derechos y democracia", en *Rev. Ensayo y error*, No. 4, Bogotá, pág. 15.
- Heidegger, Martín, *Serenidad*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1989.
- Heller, Agnes, *¿Historia y futuro. Sobrevivirá la modernidad?*, Barcelona, Península, 1991.
- Kant, Emanuel, "Antropología", en *Sentido Pragmático*, prólogo, 1798.
- Marshall, Alfred, *Ciudadanía y clase social*, Chicago, 1950.
- Martín-Barbero, Jesús, *Hegemonía comunicacional y descentramiento cultural*, México, 1998.
- Ministerio de desarrollo económico, *Ciudades y Ciudadanía. La Política Urbana del Salto Social*, Santafé de Bogotá, Presencia, 1995.
- Molas Batllori, Isidre, "La ciudad y la ciudadanía democrática. Una perspectiva política", en *La Ciudad Educadora*, Barcelona, 1990.
- Morín, Edgar, "Ontología de la creación", en *Ensayo y error*, N. 1, Santafé de Bogotá, 1991.
- , *Una política de civilización*, Paris, ARLEA, 1997.
- , *Biología del conocimiento; la computación viviente*, Madrid, 1998.
- , *Introducción al pensamiento complejo*, Madrid, Geodesia, 1998.
- Pérgolis, Juan Carlos, "Ciudad y ciudadanía", en *Rev. Nómadas*, Bogotá, 1998.
- Platón, *La República*, Barcelona, Atalaya, 1993.
- Rodríguez, Jahir y Miguel Angel Rojas Arias, "Ciudad y comportamiento electoral", en *Democracia, política y paz*, Manizales, La Patria, 1998.
- Rodríguez, Jahir, *El Palimpsesto de la ciudad. Ciudad Educadora: Un discurso para la democracia y la modernidad*, Armenia, FUDESCO, 1999.
- Schulz, Norberg, *Significado de la arquitectura occidental*, Milán, Electra, 1977.
- Touraine, Alain, *¿Podemos vivir juntos?*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- UNESCO, *La educación encierra un tesoro*, Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI, presidida por Jacques Delors, Santillana, 1996.
- Wagensberg, Jorge, *Ideas sobre la complejidad del mundo*, Madrid, 1996.
- Zarone, Giuseppe, *Metafísica de la Ciudad*, España, Pre-textos, Universidad de Murcia, 1993.